

No había camino, solo el ascenso casi vertical, roca desmenuzada durante unos pocos metros, con las raíces de la salvia bebiendo su escasa vida en el suelo seco. Luego, afloramientos irregulares de toscos riscos, a veces con puntos de apoyo accidentales, a veces con ramas que sobresalían, a veces sin ayuda para trepar, excepto el de sus músculos y el ingenio de su equilibrio.

La salvia era tan dramáticamente verde como la roca era dramáticamente marrón. El único color eran las espigas rosadas ocasionales de un cactus.

Hugh Tallant subió al último pináculo. Tenía un aspecto modelado: una fortaleza petrificada de liliputienses, un Gibraltar de pigmeos. Tallant se encaramó en sus almenas y se quitó los prismáticos. El valle desértico se extendía debajo de él. Vio el Oasis, un exiguo grupo de palmeras que daba refugio a su propia tienda y a la choza que estaba construyendo, la carretera sin salida que conducía directamente a la nada, los terrenos baldíos.

Pero Tallant no reparó en nada de eso. Sus ojos estaban fijos más allá del oasis y la ciudad del Oasis en el lago seco. Los planeadores le parecían claros y vívidos, y los hombres uniformados ocupados con ellos eran tan nítidos y minuciosamente visibles como un nido de hormigas bajo un cristal. La escuela de formación estuvo más activa de lo habitual. Un planeador en particular, extraño para Tallant, parecía el foco de atención. Los hombres venían, lo examinaban y miraban los modelos más antiguos en comparación.

Solo el rabillo del ojo izquierdo de Tallant no estaba preocupado por el nuevo planeador. En ese rincón se movió algo, algo pequeño, delgado y marrón como la tierra. Demasiado grande para un conejo, demasiado pequeño para un hombre. Se lanzó a través de ese ángulo de visión, y Tallant encontró extrañamente difícil de concentrarse en los planeadores.

Dejó los bifocales y miró deliberadamente a su alrededor. Examinó el área estrecha y plana de la cresta. Nada se movió. Nada se destacó contra la salvia y la roca, excepto un cactus de púas rosadas. Volvió a tomar los binoculares y reanudó sus observaciones. Cuando terminó, ingresó metódicamente los resultados en el pequeño cuaderno negro.

Su mano todavía estaba helada. El desierto es frío y, a menudo, sin sol en invierno. Pero era una mano firme, y tan bien entrenada como sus ojos, plenamente capaz de registrar fielmente los diseños y dimensiones que sus ojos veían con tanta precisión.

En cierto momento se le resbaló la mano, y tuvo que borrar y volver a dibujar, dejando una mancha que le disgustó. La cosa delgada y marrón se había deslizado por el borde de su visión nuevamente. Dirigiéndose hacia el borde este, juraría, donde ese conjunto de rocas sobresalían como las espinas en la espalda de un estegosaurio.

Sólo cuando terminó sus notas cedió a la curiosidad, e incluso entonces al cínico reproche. Estaba físicamente cansado, un estado inusual para él, por esta escalada y por limpiar el terreno para su futura choza. Los músculos de los ojos juegan extraños trucos nerviosos. No podía haber nada detrás de la armadura del estegosaurio.

No había nada. Nada vivo y en movimiento. Sólo el cadáver desgarrado y medio desplumado de un pájaro, que parecía como si hubiera sido roído por algún animalito.

Estaba a mitad de camino de la colina (en terminología occidental, aunque en cualquier lugar al este de las Montañas Rocosas se la habría considerado una montaña considerable) cuando Tallant volvió a vislumbrar una figura en movimiento.

Pero esto vez no fue un truco de un ojo nervioso. No era pequeño ni delgado ni marrón. Era alto y ancho y vestía una llamativa chaqueta de leñador roja y negra. Gritó: ¡Tallant!, con una voz alegre.

Tallant se acercó al hombre y dijo:

—Hola —hizo una pausa y agregó—: Me llevas ventaja con el nombre, creo.

El hombre sonrió ampliamente.

—¿No me conoces? Bueno, me atrevería a decir que diez años es mucho tiempo, y el desierto de California no es como los campos de arroz chinos. ¿Cómo van las cosas? ¿Todavía cargado de secretos en venta?

Tallant intentó desesperadamente no reaccionar a ese comentario, pero se puso un poco rígido.

—Lo siento. El atuendo me había engañado. Es bueno verte de nuevo, Morgan.

Los ojos del hombre se entrecerraron.

—Solo estaba haciendo mi pequeña broma —sonrió—. Por supuesto que no tendrías ninguna razón seria para escalar montañas alrededor de una escuela de planeadores, ¿verdad? Y necesitarías prismáticos para vigilar los bonitos pajaritos.

—Estoy aquí por mi salud.

La voz de Tallant sonaba antinatural incluso para él.

—Claro, claro. Siempre estuviste en esto por tu salud. Y, ahora que lo pienso, mi propia salud no ha sido muy buena últimamente.

—Tonterías, viejo. Puedes ver...

—Odiaría contarle a cualquiera de esos hombres del ejército en el campo algunas de las historias que conozco sobre China y el tipo de hombres que solía conocer allí.

—Te diré una cosa —sugirió Tallant con brusquedad—. Se está acercando el atardecer, y mi tienda está sin terminar como para recibir visitas nocturnas. Pero pasa por la mañana y hablaremos de los viejos tiempos. ¿El ron sigue siendo tu bebida?

—Claro que sí. Algo caro ahora, ¿comprendes?

—Pondré un poco. Podrás encontrar el lugar fácilmente, junto al oasis. Y nosotros... también podríamos hablar.

Los delgados labios de Tallant estaban firmes mientras se alejaba.

El camarero abrió una botella de cerveza y la arrojó sobre el mostrador rodeado de humedad.

—Son veinte centavos —dijo, y luego agregó como una ocurrencia tardía—: ¿Quieres un vaso? A veces los turistas beben en vasos.

Tallant miró a los demás que estaban sentados en la barra: el anciano de ojos rojos y sin afeitar, el sargento de vuelo bebiendo una Coca-Cola infelizmente, el joven de la gabardina larga y sucia.

—Supongo que soy un turista —dijo.

Esta fue la primera vez que Tallant tuvo la oportunidad de visitar Desert Sport Spot y mezclarse un poco con la gente de la comunidad. De lo contrario, es fácil despertar sospechas, incluso comentarios y preguntas incómodas: ¿Quién es ese hombre que está junto al oasis? ¿Por qué no lo ve nunca en ningún lado?

El bar estuvo tranquilo esa noche. Los cuatro en el mostrador, dos muchachos del ejército jugando al billar y media docena de lugareños reunidos alrededor de una mesa de póquer, limpiando sobria y sin palabras a un obrero de la construcción cuya mente

parecía estar más en su cerveza que en sus cartas.

—¿Estás de paso? —preguntó el camarero sociablemente.

Tallant negó con la cabeza.

—Me estoy mudando. Cuando el ejército me rechazó por mis pulmones, decidí que era mejor hacer algo al respecto. Escuché tanto sobre su clima aquí que pensé que mejor podría intentar pasar un tiempo aquí.

—Seguro —asintió el camarero—. Salvo los que vienen a la escuela de planeadores, casi todos los tipos que conozco en el desierto están aquí por su salud. Yo tenía sinusitis, y mírame ahora. Es el aire.

Tallant respiró la atmósfera de humo y espuma de cerveza, pero no sonrió.

—Estoy deseando que lleguen los milagros.

—Las conseguirás. ¿Dónde te estás quedando?

—Cerca del oasis. El agente lo llamó el viejo lugar de Carker.

Tallant sintió el curioso silencio del otro y frunció el ceño. El camarero había comenzado a hablar y luego lo pensó mejor. El joven de la barba lo miró con extrañeza. El anciano lo miró fijamente con ojos rojos y llorosos que tenían un desvaído destello de piedad. Por un momento, Tallant sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire nocturno del desierto.

El anciano bebió su cerveza en rápidos tragos y frunció el ceño como si intentara formular una frase. Por fin se limpió la cerveza de los labios erizados y dijo:

—No pretendías quedarte en la casa de adobe, ¿verdad?

—No. Está prácticamente hecha pedazos. Es más fácil armarme una pequeña choza que tratar de hacer que la de adobe sea habitable. Mientras tanto, tengo una carpa.

—Entonces está bien, tal vez. Pero no vayas a hurgar en esa casa.

—No creo que me atreva a hacerlo. ¿Quieres otra cerveza?

El anciano negó con la cabeza de mala gana y se deslizó de su taburete.

—No, gracias.

Se volvió y se arrastró hacia la puerta.

Tallant sonrió.

—Pero, ¿por qué debería alejarme de la casa de adobe? —dijo.

—Muerden —dijo el anciano, y salió tiritando a la noche.

El cantinero estaba de vuelta en su puesto.

—Me alegro de que no haya aceptado la cerveza que le ofreciste —dijo—. A esta hora de la noche tengo que dejar de atenderlo. Por una vez, tuvo el sentido común de irse solo.

Tallant empujó su propia botella vacía hacia adelante.

—Espero no haberlo asustado.

—¿Asustar? Bueno, señor, creo que tal vez eso es lo que hizo. No quería cerveza, ni nada, que tenga que ver con la vieja casa de Carker. Algunos de los veteranos aquí piensan de ese modo.

Tallant sonrió.

—¿Está embrujada?

—No es lo que llamarías una casa embrujada, no. No hay fantasmas allí de los que haya oído hablar —limpió la encimera con un paño y pareció borrar el tema con él.

El sargento de vuelo apartó su botella de Coca-Cola, buscó cinco centavos en su bolsillo y se acercó a la máquina de pinball. El joven de la barba se sentó en el taburete vacío.

—Espero que el viejo Jake no te haya preocupado —dijo.

Tallant se rio.

—Supongo que cada pueblo tiene su granja desierta con una tradición espantosa. Pero esto suena un poco diferente. No hay fantasmas, y muerden. ¿Sabes algo al respecto?

—Un poco —dijo el joven seriamente—. Solo lo suficiente para...

Tallant tenía curiosidad.

—Toma uno conmigo y cuéntame la historia.

El sargento de vuelo maldijo amargamente a la máquina.

La cerveza gorgoteaba por la barba del joven.

—Verás —comenzó el joven—, el desierto es tan grande que no puedes estar solo en él. ¿Alguna vez lo notaste? Está todo vacío y no hay nada a la vista, pero siempre hay algo moviéndose allí donde no puedes verlo. Es algo muy seco, fino y marrón, sólo que cuando miras a tu alrededor no está allí. ¿Lo has visto alguna vez?

—Fatiga óptica —dijo Tallant.

—Claro. Lo sé. Cada hombre según su propia leyenda. No hay una tribu de indios que no tenga alguna forma de explicarlo. ¿Ha oído hablar de los Vigilantes? Y llega el hombre blanco del siglo XX y se convierte en fatiga óptica. Sólo que en el siglo XIX las cosas no eran iguales, y estaban los Carker.

—¿Conoces alguna leyenda al respecto?

—Algunas. Por ejemplo, allí ves cosas por el rabillo de tu mente, al igual que vislumbra cosas delgadas y secas por el rabillo del ojo. Si las ves en circunstancias aisladas no son tan malas; pero si mezclas a una familia como los Carker, y las cosas que no ves: entonces muerden.

Tallant se preguntó cuánto tiempo llevaba absorbiendo cerveza esa barba.

—¿Quiénes eran los Carker? —instó cortésmente.

—¿Has oído hablar de Sawney Bean? En Escocia, durante el reinado de James I, o quizás el sexto. ¿No? Seamos más modernos entonces. ¿Has oído hablar de los Bender? ¿Kansas, en la década de 1870? ¿No? ¿De Procusto, o Polifemo, o Fee-fi-fo-fum?

»Hay ogros, ya sabes. No son leyendas. Son un hecho, lo son. La posada donde salían nueve huéspedes de cada diez que llegaban, la cabaña de montaña que protegía a los viajeros de la nieve, hasta que en primavera se descubrían sus huesos. En toda Europa y prácticamente en este país también, antes de que las comunicaciones se convirtieran en lo que son, sucedía lo mismo. Negocio rentable. Y no era solo por las ganancias. Los Bender hicieron dinero, claro; pero no fue por eso que mataron a todas sus víctimas con tanto cuidado como un carnicero kosher. No les importaba un comino las ganancias; solo necesitaban más carne para el invierno.

»Y piensa en las oportunidades que tendrías en un oasis.

—Entonces estos Carker tuyos eran, ¿cómo los llamas? ¿Ogros?

—Carker, ogros, tal vez eran Bender. Los Bender nunca fueron vistos con vida, ya sabes, después de que la gente del pueblo encontrara esos huesos. Hay un rumor de que llegaron al oeste. Y los tiempos coinciden bastante bien. No había ningún pueblo aquí en los años ochenta. Solo un par de familias indias, las últimas de una tribu moribunda que vivía en el oasis. Desaparecieron después de que los Carker se mudaron. Eso no es tan sorprendente. La raza blanca es una especie de ogro, de todos modos. Nadie se preocupaba por ellos. Pero solían preguntarse por qué tantos viajeros nunca cruzaban este tramo de desierto. Los viajeros solían detenerse en casa de los Carker, ya ves, y de alguna manera nunca llegaban más lejos, quizás a quince millas más allá en el desierto. A veces también encontraban los huesos, resacos y blancos. A veces decían que parecían roídos.

—¿Y nadie hizo nada con estos Carker?

—Oh, claro. No teníamos al Rey James Sexto, solo que todavía creo que fue el Primero, para montar un gran caballo blanco como gesto, pero dos destacamentos del ejército vinieron aquí y los aniquilaron a todos.

—¿Dos veces? Una eliminación sería suficiente para la mayoría de las familias —Tallant sonrió.

—Eso no fue un desliz. Aniquilaron a los Carker dos veces porque, verás, una vez no sirvió de nada. Los aniquilaron y aun así los viajeros desaparecieron y todavía había huesos roídos. Así que los borraron de nuevo. Después de eso, se rindieron y la gente desvió el oasis. Hizo que el viaje sea más largo y difícil, pero después de todo...

Tallant se rio.

—¿Quieres decir que los Carker eran inmortales?

—No sé acerca de los inmortales. De alguna manera simplemente no murieron. Tal vez, si fueran los Bender, y me gusta pensar que lo eran, aprendieron un poco más sobre lo que estaban haciendo aquí en el desierto. Tal vez aprendieron lo que los indios sabían. Tal vez cualquier cosa por la que hicieron sus sacrificios los entendió mejor aquí que en Kansas.

—¿Y qué ha sido de ellos, aparte de verlos por el rabillo del ojo?

—Hay cuarenta años entre el último Carker y este nuevo asentamiento en el oasis. La

gente no hablará mucho. Solo te dirán que te mantengas alejado del lugar, y tal vez te cuenten algunas historias. Por ejemplo, se dice que el cura estaba sentado en el confesionario un caluroso sábado por la tarde, cuando creyó oír entrar a un penitente. Esperó un buen rato y finalmente levantó la gasa para ver si había alguien allí. Había algo allí, y lo mordió. Ahora tiene tres dedos en la mano derecha, lo que se ve gracioso como el infierno cuando da una bendición.

Tallant empujó sus dos botellas hacia el camarero.

—Ese cuento, mi joven amigo, se ha ganado otra cerveza. ¿Qué te parece, cantinero? ¿Siempre está alegre así, o es simplemente algo que improvisó para mi beneficio?

El camarero colocó las botellas frescas con gran solemnidad.

—Yo no te hubiera dicho todo eso, pero él también es un extraño y tal vez no se sienta de la misma manera que nosotros aquí. Para él es solo una historia.

—Es más cómodo así —dijo el joven de la barba, y agarró firmemente su botella de cerveza.

—De todos modos, cualquiera que sepa esto que has contado puede sentirse inclinado a investigar más —dijo el camarero—. De todos modos, agregaré algo. Fue el invierno pasado, cuando tuvimos esa ola de frío. Los lobos entraron en las cabañas de los buscadores solo para calentarse. Bueno, el negocio no fue tan bueno. No tenemos licencia para licor fuerte, y los chicos no beben mucha cerveza cuando hace tanto frío. Pero solían venir de todos modos porque tenemos ese gran quemador de aceite.

»Así que una noche hay un montón de ellos aquí. El viejo Jake también estaba aquí, con el que estabas hablando, y su perro Jigger, y creo que escuché a alguien más entrar. La puerta crujió un poco. Pero no vi a nadie. El juego de póquer estaba en marcha, y estábamos hablando como lo estamos haciendo ahora, cuando de repente escuché una especie de ruido, como un ¡crack!, allá en esa esquina detrás de la máquina de discos cerca del quemador.

»Me acerqué a ver qué pasaba, y eso, lo que haya sido, se me escapó antes de que pueda verlo bien. Pero era pequeño y delgado y no estaba sin ropa.

—¿Y qué fue el crujido? —Tallant preguntó obedientemente.

—Era un hueso. Debió haber estrangulado a Jigger sin hacer ningún ruido. Era un perrito. Se comió la mayor parte de la carne, y si no hubiera roto el hueso por la médula podría haber terminado. Todavía puedes ver las manchas allí. La sangre nunca salió.

Había habido silencio durante toda la historia. Ahora, de repente, se desató el infierno. El sargento de vuelo dejó escapar un grito espléndido y comenzó a señalar con entusiasmo la máquina de pinball y a gritar pidiendo su recompensa. El trabajador de la construcción abandonó dramáticamente el juego de póquer, derribando su silla en el proceso, y anunció lúgubrementemente que estos tipos tenían sus propias reglas.

Cualquier atmósfera de horror se disipó. Tallant silbó mientras se acercaba para poner una moneda de cinco centavos en la máquina de discos. Miró casualmente al suelo. Sí, había una mancha.

Sonrió alegremente y se sintió bastante agradecido con los Carker. Iban a resolver su problema de chantaje muy bien.

Tallant soñó con el poder esa noche. Era un sueño común en él. Era un gobernante del nuevo Estado Corporativo estadounidense que seguiría a la guerra; y le decía a este hombre:

—¡Ven!

Y el otro venía.

—¡Ve!

Y el otro iba.

—¡Hagan esto! —y lo hacían.

Entonces el joven de la barba estaba de pie frente a él, y la gabardina sucia era como la túnica de un profeta antiguo. Y el joven le dijo:

—Te ves volando alto, ¿no? Montando la cresta de la ola, la ola del futuro, la llamas. Pero hay una profunda y oscura resaca que no ves, y eso es parte del Pasado. Y del Presente e incluso de su Futuro. Hay una maldad en la humanidad que es más negra incluso que la suya, e infinitamente más antigua.

Y había algo en las sombras detrás del joven, algo pequeño, delgado y moreno.

El sueño de Tallant no lo perturbó a la mañana siguiente. Tampoco la idea de la próxima entrevista con Morgan. Frió el tocino y los huevos y los devoró alegremente. El viento se había calmado para variar, y el sol estaba lo suficientemente caliente

como para que pudiera desnudarse hasta la cintura mientras limpiaba el terreno para su choza. Su machete brilló intensamente mientras giraba por el aire y golpeaba las raíces de la maleza.

Cuando Morgan llegó, su rostro estaba enrojecido y sudando.

—Está más fresco allá a la sombra del adobe —sugirió Tallant—. Estaremos más cómodos.

Y en la cómoda sombra del adobe, blandió el machete una vez y partió en dos la cara llena, roja y sudorosa de Morgan.

Fue tan simple. Tomó menos esfuerzo que arrancar una mata de salvia. Y era tan seguro. Nadie se daría cuenta de su ausencia durante meses, si acaso se daban cuenta. Nadie tenía ninguna razón para conectarlo con Tallant. Y nadie en lo buscaría en la casa embrujada de los Carker.

El cuerpo era pesado y la sangre goteaba tibia sobre la piel desnuda de Tallant. Con alivio, tiró lo que había sido Morgan en el suelo de adobe. No había tablas, ni suelo. Solo tierra. Difícil, pero no tanto para cavar una tumba. Y era probable que nadie viniera a hurgar en este territorio tabú para notarla. Si pasaba un año, o menos, la tumba y los huesos que contenía se atribuirían a los Carker.

El rabillo del ojo de Tallant volvió a molestarle. Deliberadamente miró por el interior de la casa de adobe.

Los pequeños muebles eran toscos y pesados. Se mantenían enteros con clavijas de madera o correas medio podridas. Había cenizas milenarias en la chimenea y los polvorientos fragmentos de una jarra de cocina entre ellos. Y había una piedra profundamente ahuecada, cubierta de manchas que podrían haber sido de óxido, si la piedra se hubiera oxidado. Detrás había una figura diminuta, torpemente hecha de arcilla y ramitas. Era algo así como un hombre y algo como un lagarto, algo como las cosas que revolotean por el rabillo del ojo.

Curioso, Tallant miró más a su alrededor. Penetró hasta el rincón donde la única ventana sin cristales iluminaba tenuemente. Y ahí dejó escapar un pequeño grito ahogado. Por un momento se quedó rígido de horror. Luego sonrió y casi se rio en voz alta.

Esto lo explicaba todo. Algún individuo curioso había visto esto, y de sus relatos había surgido toda la leyenda. Los Carker ciertamente habían aprendido algo de los indios, pero ese secreto era el arte de embalsamar.

Era una momia perfecta de un niño de unos diez años. No había carne. Sólo piel y

hueso y tendones secos y tensos entre ellos. Los párpados estaban cerrados; las cuencas parecían huecas debajo de ellos. La nariz estaba hundida y casi perdida. Los escasos labios estaban fuertemente curvados hacia atrás debido a los largos y muy blancos dientes, que resaltaban aún más brillantemente contra la piel morena.

Era un pequeño tesoro, esta momia. Tallant ya estaba calculando las posibilidades de recaudar una suma decente de dinero de un antropólogo interesado (el asesinato puede producir subproductos aleatorios tan deliciosamente rentables) cuando notó el infinitesimal subir y bajar del cofre.

El Carker no estaba muerto. Estaba durmiendo.

Tallant no se atrevió a detenerse a pensar más allá del instante. No era el momento de hacer una pausa para considerar si tales cosas eran posibles en un mundo bien ordenado. No era momento de reflexionar sobre la eliminación del cuerpo de Morgan. Era el momento de tomar el machete y salir de allí.

Pero se detuvo en el umbral. Allí, cruzando el desierto, dirigiéndose hacia el adobe, claramente vista esta vez, había otra de esas cosas, una hembra.

Hizo un gesto involuntario de indecisión. La hoja del machete golpeó con estruendo contra la pared de adobe. Escuchó el seco arrastrar de los pies del otro detrás de él.

Se volvió completamente ahora, con el machete levantado.

Deshazte primero de este más cercano, luego mira a la hembra.

Ni siquiera había lugar para el terror en sus pensamientos, solo para la acción.

La delgada forma marrón se lanzó hacia él con avidez. La evitó con ligereza y se mantuvo preparado para su segunda carga. El otro se disparó hacia adelante de nuevo. Él dio un paso atrás, levantó el machete, pero tropezó y cayó de cabeza sobre el cadáver de Morgan. Antes de que pudiera levantarse, la cosa delgada estaba sobre él. Sus afilados dientes se hundieron en la palma de su mano izquierda.

El machete se movió rápidamente. El cuerpo delgado y seco cayó al suelo sin cabeza. No hubo sangre.

El agarre de los dientes no se relajó. El dolor recorrió el brazo izquierdo de Tallant, un dolor más agudo y amargo de lo que cabría esperar de la mordedura. Casi como si esos dientes tuvieran veneno.

Dejó caer el machete y su fuerte mano tiró y retorció los secos labios que todavía se aferraban. Los dientes permanecieron apretados, sin relajarse. Se sentó, apoyando la

espalda contra la pared, y agarró la cabeza entre las rodillas. Tiró. Su carne se rasgó y la sangre formó coágulos de polvo en el suelo de tierra. Pero el mordisco era firme.

Su mundo se había reducido ahora a esa mano y esa cabeza. Nada importaba afuera. Debía liberarse. Se llevó el brazo adolorido a la cara y con sus propios dientes desgarró esa implacable mordida. La carne seca se desmoronó en el polvo del desierto, pero los dientes se cerraron con fuerza. Saboreó en su boca la dulzura de la sangre y algo más.

Se puso de pie de nuevo, tambaleándose. Sabía lo que debía hacer. Más tarde podría aplicar la cauterización, un torniquete, ver a un médico con una historia sobre un monstruo de Gila (sus cabezas también se aferran, ¿no es así?), pero sabía lo que debía hacer ahora.

Levantó el machete y volvió a golpear.

Su mano blanca yacía en el suelo, aferrada por los dientes de la cara morena.

Se apoyó contra la pared de adobe, momentáneamente incapaz de moverse. Su muñeca abierta colgaba sobre la piedra profundamente ahuecada. Su sangre y su fuerza y su vida se derramaron ante la figurita de arcilla y ramitas.

La hembra estaba en la puerta ahora, el sol brillaba sobre su morena delgadez. No se movió.

Tallant supo que ella estaba esperando que se llenara la piedra hueca.